

Dietrich RALL (comp.), *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*. México, UNAM, 1987.

Hace no demasiado tiempo, quizás en una presurosa plática de pasillo o tal vez en alguna ocasión menos intranquila, supe de un proyecto que se cocinaba: el doctor Dietrich Rall entretenía parte de sus horas en preparar una antología sobre la teoría de la recepción. La noticia me llenó de gozo por una razón sencillísima: ese libro futuro iba a resolverme un número considerable de problemas. Porque uno de los obstáculos respecto a la teoría estaba en la dificultad de encontrar los textos esenciales, determinantes en cualquier conocimiento de las propuestas críticas hechas por tal abordaje de la literatura. Así, a partir de la noticia comencé a formarme una imagen del libro.

En México, me dije, ningún especialista mejor que Dieter para preparar la antología. Es él quien conoce más a fondo los laberintos lingüísticos mediante los cuales Jauss, Iser o Weinrich —entonces meros nombres para mí— plantean sus ideas. El volumen contendrá, sobre todo, ensayistas alemanes, por ser germano el origen de la teoría y por ser el material más accesible al antólogo. Estarán representadas diversas corrientes y contracorrientes, en una trama donde mis muchas preguntas, dudas y cuestiones hallen respuesta. Será, lo aseguré en silencio, un conjunto de textos que me permitirán ir disminuyendo mi ignorancia crítica. De esta manera, fui creando una especie de horizonte de expectativas en torno a un libro aún inexistente.

Tras una de esas esperas casi interminables en que se deleita la imprenta universitaria, el libro fue una realidad palpable. Cuatrocientas cuarenta y cuatro páginas de grueso, una portada azul para mi gusto elegante y un título atractivo: *En busca del texto*. Tres elementos que jamás entraron en mis suposiciones previas. Y entonces vino el momento de la lectura. Porque sin lectura no había modo de rectificar o ratificar lo pensado. Me propuse una primera inmersión ligera, de orden pasivo, de mayoría silenciosa, con la cual preparar el terreno a posteriores buceos, sin duda mucho más comprometidos. Sin embargo,

llegó la invitación de Dieter para que presentara su libro, y con ello cambió la perspectiva de mi lectura: no podía sino hacer una recepción reproductiva, único medio de transmitir mis impresiones críticas sobre la antología. Creo que en futuros ensayos podré pasar a la recepción productiva.

Hecha la lectura correspondiente, ¿cuál es mi concretización de este material, donde pocas indeterminaciones encuentro para apoyar una traducción individualizada? Dos partes componen el volumen, una teórica y otra de aplicación. En la primera, la nómina de colaboradores responde a lo esperado, con el agregado de otros nombres importantes: Gadamer, Ingarden, Barck, Starobinski. Crean todos ellos un tejido compacto de ideas en ocasiones coincidentes y en veces contradictorias, cuyo conjunto deja ver con claridad lo trascendente de la propuesta hecha: no hay literatura sin lectores. Esto lo sabíamos, quizás intuitivamente, pero ahora nos han dado las razones que permiten comprender el peso enorme de nuestra participación en el proceso literario y, aspecto de igual o mayor gravedad, las herramientas con que examinar esa participación, hasta volverla parte inalienable del fenómeno llamado literatura.

Claro, la teoría de la recepción tiene oficialmente veinte años de existencia. Es una joven vigorosa que se ha entrado por la casa de la crítica literaria gruñendo contra la ineptitud de sus mayores. Pero no los niega ni les disminuye el espacio en que viven. Simplemente viene a complementarles su modo de vida. En su momento, las propuestas de la teoría de la recepción serán parte natural del espectro crítico y a nadie le extrañará el manejo de elementos tales como el ángulo de visión o lectura; el papel que corresponde al marco social o histórico; el importantísimo binomio de los valores artísticos y los estéticos; el engoroso problema de dilucidar qué hace literatura a la literatura y, por encima de todo esto, los mil ángulos de la recepción misma, pues el libro subraya el aspecto comunicativo, delimita las relaciones del texto con el lector, determina el grado de libertad interpretativa que este último goza, define los tipos de lector que existen, examina el juego de equilibrio entre indeterminación del texto e intervención del lector, aborda el problema de la subjetividad en la lectura, etcétera.

Medida la antología de Dieter con mis expectativas previas, las sobrepasa en mucho. Porque no esperaba yo una segunda parte donde la teoría cediera el escenario a la práctica. Al adentrarme en los ensayos de la segunda mitad, no sólo hallé que la gama de autores variaba de nacionalidad, sino que las aplicaciones tomaban muy en cuenta la literatura hispanoamericana. Encontré referencias sustancia-

les a Unamuno, Borges, Cortázar y Paz, junto a exámenes de mayor brevedad en torno a Rulfo, Cervantes y Sábato. Fui viendo entonces lo que sucedía con un texto cuando lo abordaba en traducción un lector extranjero, y la traducción adquirió a mis ojos una nueva dimensión. Me topé con un capítulo sobre la didáctica basada en la teoría de la recepción, otro sobre los problemas del colonialismo. Aquí, una fascinante exposición respecto a las interpretaciones que permite *La tempestad*, de Shakespeare: como testamento literario del autor y su adiós al teatro, como expresión de la superioridad europea en el marco histórico de su momento, y como retrato de la situación lamentable del conquistado nuevo mundo. Ninguna de ellas impide aceptar las otras dos, pero siempre hay en los lectores predilección por subrayar alguna en lo específico.

A partir de su aparición, la teoría de la recepción ha ido ganando adeptos. Era lógico, pues en el inmenso rompecabezas que es la crítica literaria ponía varias piezas importantes, hasta ese momento huecos incómodos en la visión de conjunto, porque la empobrecían. Incluyó en el cuadro una zona de amplísima resonancia: la del lector. Nos hizo conscientes de que nosotros ponemos en marcha una existencia del texto. Meramente una, puesto que otras similares tiene en manos de otros lectores y una más, inasible, como elemento casi abstracto que espera en los anaqueles el instante de su concretización en la lectura.

¿Viene la teoría de la recepción a cancelar métodos críticos anteriores? De ninguna manera. En la historia de la crítica literaria no existen cadáveres, sino reacomodos. La aparición de una nueva propuesta permite la lectura renovada de las propuestas ya existentes, pero no su desaparición. Cada método recién nacido dejará su huella en el panorama general, pero nunca lo dominará por sí solo. Ningún abordaje único agota la obra literaria. Claro, me adelanto a confesar que ésta es mi apreciación de los hechos. Pero un comentarista inglés de la teoría de la recepción, Terry Eagleton, dijo en su momento que “leer equivale siempre a reescribir”. Por tanto, he rescrito aquí, para ustedes, la antología de Dieter. Reconozco de antemano que he dejado fuera demasiadas cosas. Defiéndame de tal pecado Wolfgang Iser, pues asegura “que en el proceso de la lectura, el potencial del sentido nunca puede ser rescatado de manera total, sino siempre de manera parcial”.

Además, si por alguna monstruosa suerte de omnisciencia hubiera rescatado el sentido total de la antología, ¿quedaría algo para las concretizaciones que ustedes harán cuando, llenos de curiosidad, compren y lean el libro de Dieter? Desde luego que no. Por tanto, mis

deficiencias han ido en abono de sus ganancias como lectores, sean pasivos, reproductivos o productivos.

Federico PATÁN
Universidad Nacional Autónoma de México